

De Cafarnaún a Jerusalén

Teodoro Suau Puig



SAN PABLO

Presentación

Las páginas que siguen son resultado de un encargo: el Secretariado de Pastoral juvenil de nuestra diócesis de Mallorca me pidió un texto que pusiera al alcance de los jóvenes la figura de Jesús de Nazaret y su mensaje. He de confesar que no me veía con demasiadas fuerzas para llevar a cabo esta tarea. Me movió más el deseo de no defraudar, la confianza puesta en mí y el deseo de satisfacer el ruego de unos buenos amigos, que la certeza de acertar en lo que se me pedía. El resultado está aquí.

Y espero que sea provechoso para quienes dediquen un poco de su tiempo a leerlo. Tal vez sea su único mérito el amor puesto en el intento de acercar la persona del Señor Jesús a un público que estoy seguro terminará por dejarse fascinar por él en la medida que lo conozca. Este es mi deseo.

TEODORO SUAU PUIG

1

Hay un momento mágico en la vida de mi pueblo, Cafarnaún, un racimo de casas blancas junto al camino que lleva al lago. Es la hora bruja de un atardecer de abril. Retazos del transcurrir tranquilo de nuestros días dichosos. Los vecinos regresan de las tierras de labor y se entretienen, charlando sin prisa, junto a la fuente. El aire húmedo se llena de aromas suaves que llegan del campo. Y el pueblo se despereza de su largo letargo invernal. Parece como si el sol se resistiese a ceder su lugar a las estrellas que muy lentamente bordan puntos luminosos en un cielo mortecino que ha empezado a ser gris. Dentro de un instante el humo de las chimeneas anunciará a estas gentes cansadas, sencillas, que la cena está a punto. Y poco a poco el silencio extenderá un manto de seda sobre la plaza y las callejas estrechas y ganará el camino que conduce al lago hasta perderse en la tenue penumbra de la noche.

Fue en una de estas tardes cuando sucedió algo que había de dar un vuelco a mi existencia.

Los últimos en venir traían la noticia. Un atentado. Había habido un atentado. Y muertos. Dos legionarios asesinados mientras recogían leña en el bosque. Justo en la linde de nuestro pueblo. Detalles confusos, contradictorios, hijos del miedo. Todos conocíamos perfectamente lo que, de confirmarse, quería decir aquello. Por eso los hombres discutían. Se acaloraban. Necesitaban un resquicio por donde pudiera filtrarse la certeza de que se trataba tan solo de un rumor. De un falso e inoportuno rumor sin fundamento.

—¡No tardaremos mucho en conocer la verdad!

En efecto: por el camino del mar llegaban los romanos.

Sucedió todo en un abrir y cerrar de ojos. Esta fue, al menos, mi impresión.

El centurión mandó llamar a nuestro rabino.

Delante de todos le preguntó si conocíamos en el pueblo la legislación sobre el terrorismo. Respondió que sí. Pero que no acababa de comprender a qué se debía semejante pregunta. «Aquí –dijo– no sabemos nada de terroristas. Ni queremos saber». Que él le daba su palabra de anciano y de hombre de bien. Que con facilidad podía comprobarlo si este era su deseo.

El centurión no se molestó en contestar. Se limitó a lanzar al suelo dos cascos manchados de sangre y polvo.

El aire se convirtió en un charco de plomo que secaba las gargantas y apagaba el fuego en cada uno de nuestros hogares.

Dijo:

—La ley ordena crucificar a cinco hombres por cada uno de mis soldados muertos. Y, ¡por Júpiter, que así será! Podéis agradecerse a vuestros amigos los terroristas. Diez inocentes pagarán. Ya sé que son inocentes. Y también sé que no servirá de nada. Pero estas son las reglas del juego entre vosotros y nosotros. ¡Que se presenten todos los hombres del pueblo!

No consigo recordar lo que pasó después.

Solo en el centro de mi cerebro, el clavo ardiente de una imagen: mi padre con las manos atadas a la espalda y el horror cayendo de sus ojos inmensos de hombre bueno. No consigo recordar qué pasó después. Solo que jamás un atardecer volvió a ser como antes. Nada fue ya como antes.

Primero apareció el aturdimiento. El rechazo de la conciencia negándose a admitir el absurdo. Porque no era posible. Porque no podía ser verdad. Porque no era verdad. Mi padre regresaría en cualquier momento. Tenía que regresar. Y yo lo vería entrando por la puerta de casa. Alegre. Como siempre. Deseoso de abrazarme y acariciar mis cabellos. Sí, él volvería. Tenía que volver.

Pero no. Luego vino el estupor. Hondo como el abismo. Amargo como es amarga la hiel al paladar.

Después surgió el primer porqué. Y luego otro. Y otro..., nacidos al rescoldo de la rabia, de la ira, de la cólera impotente. Y, por último, fue el odio. Un fardo pesado en el hondón del alma. Farragoso. Gélido. Imposible de describir. Que amontonaba velos de neblina sobre los ojos. Unos ojos que jamás volverían a contemplar las cosas con el esplendor inocente de antaño.

Yo tenía entonces dieciocho años. Mi universo hasta entonces había sido un pedazo de tiempo sereno. Sin sobresaltos ni problemas. Fácil. Tranquilo.

Mi padre era dueño de un pedazo de tierra que, sin ser muy grande, daba lo suficiente para comer. Lo que, para el tiempo que corría, no era poco. Además, al llegar la siega, íbamos todos a trabajar los campos del Señor Intendente General del Rey, dueño de la mayor parte de las tierras que se extienden desde la orilla del lago hasta donde alcanza la vista en la dirección del sol poniente. Terrenos fértiles que proporcionaban óptimas ganancias a su dueño y a nosotros nos permitían ganar lo suficiente para satisfacer las exigencias del Estado, cada vez más onerosas.

Siempre con el miedo de no poder pagar los impuestos. Siempre con el temor de que la cosecha se perdiera. Siempre con el pánico de que se presentaran los romanos e hicieran alguna de las suyas.

Pero, a pesar de todo, no se vivía mal en Cafarnaún. Digamos, tal vez mejor, que no se recordaban tiempos

mejores. Y el hombre, ya se sabe, es un animal de costumbres. Muy bien programado para la adaptación.

Yo, a decir verdad, de todas estas cosas me di cuenta más tarde. Tenía suficiente con saltar y correr y jugar a celotes y romanos... Y nunca podré agradecer a mis padres el esfuerzo por ocultarnos, a mis hermanos y a mí, las horas bajas de la familia. Hasta tal punto que, además de un plato de sopa sobre la mesa, siempre pudimos disfrutar de una alegría difusa, constante, que tantas veces luego hube de añorar.

Así fui creciendo. Hasta los dieciocho años. Sin más preocupaciones que las de todo muchacho normal y corriente, lo que me permitió madurar un sentimiento de confianza en la vida que no ha menguado con los años ni con los sinsabores de una existencia tan azarosa como ha sido la mía.

He aquí mi universo. Todo un mundo que se hizo añicos aquella tarde de abril en Cafarnaún.

Quedaban tan solo flotando en el cielo de la memoria las migajas de un pasado –¡tan reciente!– en el que mi padre era la presencia catalizadora de un sinfín de vivencias sin otro contenido que la pasión de vivir. Recuerdos guardados celosamente que convertían el presente en algo insoportable, anegado en la ausencia injusta de quien fuera el primer fundamento de mi ser.

Súbitamente, brutalmente, se adueñó de mi conciencia la realidad con toda su carga de crudeza. Sin la hojarasca que distrae y engaña y crea el espejismo de que las cosas pueden ser fáciles.

Fue un golpe seco. Un golpe duro.
Y, con todo, un golpe revelador.

© SAN PABLO

Índice

	<i>Págs.</i>
Presentación	5
Capítulo 1	7
Capítulo 2	13
Capítulo 3	21
Capítulo 4	27
Capítulo 5	33
Capítulo 6	37
Capítulo 7	39
Capítulo 8	45
Capítulo 9	55
Capítulo 10	61
Capítulo 11	65
Capítulo 12	73
Capítulo 13	79
Capítulo 14	83
Capítulo 15	87
Capítulo 16	95
Capítulo 17	105
Capítulo 18	113
Capítulo 19	123
Capítulo 20	129
Capítulo 21	141
Capítulo 22	145
Capítulo 23	155
Capítulo 24	159
Capítulo 25	163
Capítulo 26	171